

CARTA ABIERTA A SANTA MARIA VIRGEN

Hola María, Santa Madre de todos:

Me vas a permitir que te escriba en estos días de Adviento para comunicarte mis inquietudes y, también, para hacer manifiesta declaración de amor a Ti, Virgen



Santa, y, asimismo, referirme con entusiasmo a la calidad e importancia de tu intercesión junto a Dios, gracias a Tu Hijo. Y lo hago con especial cariño en estas horas en que celebramos la Solemnidad de la Inmaculada Concepción y en la apertura del Año Jubilar de la Misericordia.

Me preocupa la paz. Sin paz no hay vida.

Me preocupa la generalizada ausencia del amor. Sin amor no hay paz, ni felicidad, ni concordia en el mundo.

Me preocupa el materialismo desbordante y el culto al dinero. El ser humano que se entrega a la adoración del dinero pierde su humanidad. Las mujeres y los hombres que solo cifran su felicidad en el tener y en el poseer, y olvidan el dar y el servir, están muy alejados de la paz y del amor. Y muy cerca de la violencia, de la capacidad de oprimir y esclavizar.

Me preocupa la pobreza de los hermanos y la soledad que sufren ante su problema de falta de recursos, todo ello motivado, en la mayoría de las veces, por el egoísmo, la injusticia, la opresión económica y la avaricia de algunos financieros. Aspectos que vemos muy vivos y terribles durante la ya muy larga crisis económica.

Me preocupa la ausencia de corazones limpios y que haya mucha gente que se mofen de la rectitud de intención, de la honradez, de la pureza de alma y cuerpo.

Me preocupa la violencia que sufren los más débiles, las mujeres, los niños, los ancianos. Y que no encuentren apoyo y ayuda inmediata.

Me preocupa la violencia política, el terrorismo, y todos aquellos que han olvidado la vida pacífica que resolver todos –todos– los problemas.

Me preocupan todos aquellos que instrumentan las ideas religiosas para obtener poder.

Me preocupan todas las actitudes que atentan y no respetan la vida humana. Y que colaboran o producen: la pena de muerte, el aborto, la eutanasia, el envenenamiento de la naturaleza, la distribución de drogas, la guerra, la irresponsabilidad en el tráfico rodado o en el uso de las bebidas alcohólicas o el tabaco.

Habrán más cosas, Señora, que me preocupan y desagradan, pero te pido especial atención a esta lista de cosas terribles, que borran la felicidad de los hombres y mujeres sobre la Tierra.

Mi amor hacia Ti me inspira a pedir tu protección para todo ello. Y ese amor, Señora, que comparto con muchas hermanas y hermanos y que comenzó de manera eterna y universal, aquel día –sin duda muy difícil para Ti– en el que tu Hijo agonizante te nombró Madre de todos en presencia de San Juan Evangelista. Y desde entonces, como Madre que eres, esperas solícita y esperanzada nuestras peticiones basadas en nuestro amor por tu cercanía maternal y en nuestra gran debilidad. Tu sabes, como nadie, hacerte escuchar ante Tu Hijo, Dios y Hombre verdadero. Y será el reflejo de nuestro amor acercado por tu intercesión a Dios, lo que moverá, en amor y compasión, el gran poder de Dios.

Ilumina, Señora, nuestra esperanza. Que el amor y ternura de Dios, Nuestro Padre, la gracia transformadora de Tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y la comunión profunda con el Espíritu Santo, llenen nuestras vidas. Y que, asimismo, reforzados por los dones divinos, que nos llegan gracias a tu intercesión, nos sirvan para cambiar el mundo en un ámbito de paz, mansedumbre, libertad, justicia, amor, pureza y alegría, gracias a nuestros corazones limpios y pobres.

Esperamos contigo en este Adviento –y en todos– la llegada de tu Hijo, el Salvador. Y queremos acompañarte en tu espera de la Primera Venida, para que tu estés con nosotros en el largo camino que lleva a la Segunda Venida de Tu Hijo, tras la cual todos seremos, en la cercanía y visión de la Trinidad Santa, una sola cosa, un solo afán, un pueblo de Dios para toda la Eternidad.

Gracias, Madre, y acepta con benevolencia esta torpe, aunque muy esperanzada y humilde, carta abierta.

Ángel Gómez Escorial